

con mil doscientos francos, libertino y viejo á los treinta y nueve años, corrompido y que no veía en mí más que lo que han visto en usted, un instrumento de fortuna. Y sin embargo, he acabado por ver que este hombre infame es el mejor de los maridos, pues me deja en libertad prefiriéndome á las sucias pérdidas de la calle, y si se queda para sí el sueldo, jamás me pide cuentas acerca del modo que tengo de procurarme recursos.

A su vez la señora Marneffe se detuvo, como mujer que se siente arrastrada por el torrente de las confidencias y admirada de la atención que le prestaba Isabel, de la cual creyó conveniente estar segura antes de hacerla dueña de sus últimos secretos.

—Vea usted, amiga, cual es mi confianza en usted—repuso la señora Marneffe, á la que Isabel contestó con un signo excesivamente tranquilizador.

A veces se jura con los ojos y con un movimiento de cabeza, con más solemnidad que ante los tribunales de justicia.

## CAPITULO XI

### Transformación de la prima Bel

—Yo tengo las apariencias de la honradez—repuso la señora Marneffe poniendo su mano sobre la mano de Isabel.—Soy casada y hago lo que quiero, hasta tal punto, que por la mañana, si al irse Marneffe á la oficina le da la gana de decirme adiós y encuentra la puerta de mi cuarto cerrada, se va tan tranquilamente. Mi marido quiere á su hijo menos de lo que yo quiero á uno de los niños de mármol que juegan al pie de uno de los dos ríos en las Tullerías. Si yo no vengo á comer, él come con la criada, pues la criada es toda del señor, y todas las noches sale después de comer para volver á las doce á la cama. Desgraciadamente, hace un año que estoy sin camarera, lo cual quiere decir que hace un año que estoy viuda. No he tenido más que una pasión, una dicha, y ésta era un rico brasileño que se fué hace un año á vender sus muebles y á realizarlo todo para poder establecerse en Francia. ¿Qué encontrará de su Valeria? Un estercolero. ¡Bah! Después de todo, suya es la culpa. ¡Por qué

tarda tanto en volver? Además, ¿quién sabe si no habrá naufragado, como mi virtud?

—Adiós, amiga mía—dijo bruscamente Isabel,—no nos separaremos ya nunca. La quiero á usted, la estimo y soy toda suya. Mi primo me atormenta para que vaya á establecerme á su futura casa de la calle de Vanneau, y yo me resistía, porque he adivinado la razón de esta nueva bondad.

—Sí, ya sé que usted me hubiera vigilado—dijo la señora Marneffe.

—Esa es la razón de su generosidad—replicó Isabel.—En París la mitad de los beneficios son especulaciones, del mismo modo que la mitad de las ingratitudes son venganzas. Con una parienta pobre, se obra como con las ratas cuando se les pone un pedazo de tocino como cebo. Aceptaré la venganza del barón, porque esta casa se me ha hecho odiosa. ¡Oh! una y otra tenemos bastante talento para callar lo que nos daña y decir lo que debe decirse; de modo que nada de indiscreciones y una amistad...

—A toda prueba—exclamó gozosamente la señora Marneffe, satisfecha de tener una confidente, una especie de tía honrada.—Escuche usted, veo que el barón se porta perfectamente en la calle de Vanneau.

—Ya lo creo, como que se ha gastado treinta mil francos—repuso Isabel.—Yo no sé de donde saca el dinero, porque Josefa lo había desangrado por completo. ¡Oh! no se apure usted, porque el barón es capaz de robar para la mujer que tiene su corazón entre unas manitas blancas y satinadas como las de usted.

—Bueno, amiguita mía—repuso la señora Marneffe,—tome usted de esta casa todo lo que pueda servirle para su nuevo albergue: esta cómoda, este armario, este espejo, esta alfombra, esta colgadura...

Los ojos de Isabel se dilataron por efecto de un goce insensato, pues no se atrevía á creer en semejante regalo.

—Hace usted más por mí en un momento que mis parientes ricos en treinta años—exclamó.—Ellos nunca se han ocupado de si tenía ó no muebles. En su primera visita, hace algunas semanas, el barón hizo una mueca de rico al ver mi miseria. Gracias, amiga mía, yo le haré recobrar centuplicado lo que vale esto. Más tarde verá usted cómo.

Valeria acompañó á la prima Bel hasta el descansillo, donde las dos mujeres se besaron.

—¡Cómo hiede la condenada!—se dijo la mujer bonita cuando estuvo sola.—Procuraré no besar con frecuencia á la primita. Sin embargo, hay que andar con cuidado; debo mimarla mucho, porque me será muy útil y tal vez labrará mi fortuna.

Como verdadera criolla de París, la señora Marneffe tenía la negligencia de las gatas, que sólo corren y se mueven forzadas por la necesidad. Para ella la vida debía ser todo placer, y el placer no debía causar penas. Le gustaban las flores con tal que se las llevasen á casa, y no concebía una noche de teatro sin tener un palco entero y un coche que la llevase á casa. Valeria había adquirido estos gustos de cortesana de su madre, la cual, durante veinte años, mimada por el general Montcornet, había visto á todo el mundo á sus pies; pero como era una gastadora, lo había disipado todo y se lo había comido con esa vida de disipación, cuyo programa se ha perdido desde la caída de Napoleón. Los grandes del Imperio han igualado con sus locuras á los grandes de antaño. Cuando la Restauración, la nobleza se ha acordado siempre de que fué perseguida y robada; de modo que, á parte dos ó tres excepciones, se ha vuelto económica, juiciosa, previsora; después, el año 1830, consumó la obra del 1793. En lo sucesivo, en Francia, á menos de grandes cambios políticos difíciles de prever, habrá grandes nombres, pero no grandes casas. Todo toma aquí el sello de la personalidad. La fortuna de los más juiciosos es vitalicia; en una palabra, se ha destruído la familia.

El poderoso brazo de la miseria, que estrangulaba á Valeria el día en que conquistó á Hulot, decidió á esta joven á tomar su belleza como medio de hacer fortuna; así es que hacia algunos días que sentía la necesidad de tener á su lado, al igual que su madre, una amiga adicta de esas á quienes se confía lo que se debe ocultar á una camarera, y que puede obrar, ir y venir y pensar por nosotros; un testafarro, en fin, que consienta en un reparto desigual de la vida. Ahora bien, Valeria había adivinado, lo mismo que Isabel, las intenciones que llevaba el barón al relacionarla con la prima Bel. Aconsejada por la temible inteligencia de la criolla parisiense, que se pasa las horas tendida sobre un diván paseando la linterna de su observación por todos los rincones oscuros de las almas, de los sentimientos y de las intrigas, había ideado convertir á su cómplice en espía; probable-

mente aquella terrible indiscreción era premeditada, pues había reconocido el verdadero carácter de aquella ardiente y apasionada muchacha y quería atraérsela. Esta conversación se parecía, pues, á la piedra que arroja un viajero á un abismo para hacerse la demostración física de su profundidad, y la señora Marneffe llegó á sentir miedo al ver que aquella muchacha, tan débil y humilde en apariencia, era á la vez un Yago y un Ricardo III.

En un instante, la prima Bel se había mostrado tal cual era, y en un instante aquel carácter de corso y de salvaje, al romper las débiles ligaduras que le sujetaban, había recobrado su amenazadora actividad, como recobra su posición la rama sujeta por las manos del niño para quitarle los frutos.

Para el que observe el mundo social, será siempre objeto de admiración la plenitud, la perfección y la rapidez de las concepciones de los seres dotados de naturalezas vírgenes.

La virginidad, como todas las monstruosidades, tiene riquezas especiales y grandezas sorprendentes. La vida cuyas fuerzas están economizadas, adquiere en el individuo virgen una resistencia y una duración incalculable. El cerebro se ha enriquecido con el conjunto de sus facultades reservadas. Cuando las gentes castas necesitan su cuerpo ó su alma y recurren á la acción ó al pensamiento, ven que sus músculos son de acero, que su inteligencia posee una ciencia infusa y que su voluntad desarrolla una fuerza diabólica.

Desde este punto de vista, la Virgen María, considerada por un momento como un símbolo, eclipsó con su grandeza á todos los tipos indios, egipcios y griegos. La virginidad, madre de las grandes cosas, *magna parens rerum*, tiene en sus hermosas manos blancas la llave de los mundos superiores. En fin, esa grandiosa y terrible excepción, merece todos los honores que le confiere la Iglesia católica.

En un momento la prima Bel se convirtió, pues, en el Mohicano cuyos lazos son inevitables, cuyo disimulo es impenetrable y cuyas rápidas decisiones están fundadas en la perfección inaudita de los órganos. La solterona sentía el odio y la venganza sin transacción, como la sienten en Italia, en España y en Oriente. Estos dos sentimientos, que son engendrados por la amistad y por el amor llevados á lo absoluto, sólo son conocidos por los países bañados por el sol. Pero Isabel fué sobre todo hija de Lorena, es decir, se resolvió á engañar. Al salir de casa de la señora Marneffe, Isabel

se fué á casa del señor Rivet, lo halló en su despacho, y después de haber echado el cerrojo á la puerta, le dijo:

—Mi buen señor Rivet, tenía usted razón; los polacos son todos unos canallas, gentes sin fe ni ley.

—Sí, gentes que quieren incendiar á Europa y arruinar el comercio y á los fabricantes por una patria que, según dicen, está llena de pantanos y de espantosos judíos, sin contar los cosacos y los aldeanos, especie de bestias feroces que apenas si pueden considerarse personas humanas—dijo el pacífico Rivet.—Esos polacos desconocen los tiempos actuales. Nosotros no somos ya bárbaros. Mi querida señorita, la guerra se va, se ha ido con los reyes. Nuestro tiempo es el tiempo del comercio, de la industria y de la formalidad que creó la Holanda. Sí—dijo animándose,—estamos en una época en que los pueblos deben obtenerlo todo mediante el movimiento legal de sus libertades y el ejercicio político de las instituciones constitucionales; he aquí lo que los polacos ignoran, y yo espero... ¿Qué dice usted, hermosa mía?—añadió deteniéndose al ver, por la actitud de su obrera, que las cuestiones políticas no estaban á su alcance.

—Aquí está el legajo—replicó Bel.—Si no quiero perder mis tres mil doscientos francos, veo que habrá que meter á ese pillo en la cárcel.

—¡Ah! ya se lo decía yo á usted—exclamó el oráculo del barrio de San Dionisio.

La casa Rivet, sucesor de Dous hermanos, seguía establecida en la calle de las Malas Palabras, en el antiguo palacio de Langeais, construido por esta ilustre casa en la época en que los grandes señores se agrupaban en torno del Louvre.

—Por eso le he colmado de bendiciones mientras venía hacia aquí—respondió Isabel.

—Si él no sospecha nada, podrá ser detenido á las cuatro de la mañana—dijo el juez, consultando el almanaque para ver la hora de la salida del sol;—pero esto no podrá hacerse hasta pasado mañana, porque no se puede prender á nadie por deudas sin conminarle antes al pago.

—¡Qué ley más estúpida!—dijo la prima Bel.—De ese modo el deudor se escapa.

—Tiene perfecto derecho—replicó el juez sonriéndose.

—En cuanto á eso—dijo Bel interrumpiendo á Rivet,—yo cogeré el papel, se lo entregaré diciéndole que me he

visto obligada á buscar dinero y que mi prestamista ha exigido una responsabilidad. Como conozco al polaco, sé que ni siquiera abrirá el papel y continuará fumando en su pipa.

—¡Ah! no está mal, no está mal, señorita Fischer. Bueno, no tenga cuidado, que se arreglará el asunto. Pero, un instante, ¿qué adelantará usted preñiéndole? ¿cree usted que cobrará así? ¿quién le pagará?

—Los que le dan dinero.

—¡Ah! sí, ya no me acordaba de que el ministro de la Guerra le encargó que erigiese un monumento á uno de nuestros clientes. ¡Ah! esta casa ha hecho muchos uniformes para el general Montcornet, el cual no tardaba en ennegrecerlos con el humo de los cañones. ¡Qué valiente era y con qué puntualidad pagaba!

Un mariscal de Francia habrá podido salvar al emperador ó á París, pero si queréis elogiárselo á un comerciante, dídole que pagaba puntualmente.

—Bueno, hasta el sábado, señor Rivet. A propósito, le advierto que me traslado de la calle de Doyenné á la calle de Vanneau.

—Hace usted bien, porque yo la veía con pena en un agujero que deshonra el Louvre y la plaza del Carroussel. Yo adoro á Luis Felipe, él es mi ídolo, es la representación augusta de la clase en que ha fundado su dinastía, y no olvidaré nunca lo que hizo por la pasamanería restableciendo la guardia nacional.

—Cuando le oigo hablar á usted de ese modo, me pregunto porque no es ya diputado—dijo Isabel.

—Se teme mi apego á la dinastía—respondió Rivet.—Mis enemigos políticos son los enemigos del rey. ¡Ah! es un carácter noble, una hermosa familia. En fin—repuso continuando su argumento,—es un ideal: costumbres, economía, todo. Pero la terminación del Louvre es una de las condiciones que le impusimos al darle la corona, y la lista civil, á la cual no se ha puesto término, nos deja el corazón de París en un estado lamentable. Por lo mismo que soy partidario del *justo medio*, me gustaría ver el justo medio de París en otro estado. El barrio donde vive usted hace temblar, y si siguiera usted allí, la hubieran asesinado algún día. Ya ha visto usted que han nombrado al señor Crevel jefe de batallón, y yo espero que me encargará á mí las charreteras.

—Hoy como en su casa y ya procuraré enviárselo. Isabel creyó que se conquistaría al bigamo cortando todas las comunicaciones entre el mundo y él. No trabajando ya, el artista se vería olvidado como un hombre enterrado en una cueva, á donde sólo iría ella á verle. Isabel tuvo de este modo dos días de dicha, pues esperaba asestar un golpe mortal á la baronesa y á su hija.

Para ir á casa del señor Crevel, que vivía en la calle de Sousayes, Isabel tomó el puente del Carroussel, el muelle de Voltaire, el muelle de Orsay, la calle Bellechasse, la calle de la Universidad, el puente de la Concordia y la avenida Marigny. Esta ruta ilógica era trazada por la lógica de las pasiones, que es siempre excesivamente enemiga de las piernas. Mientras que pasó por los muelles, la prima Bel miró la orilla derecha del Sena andando con lentitud; su cálculo era justo: había dejado á Wenceslao vistiéndose, y suponía que tan pronto como el enamorado estuviere libre de ella, se iría á casa de la baronesa por el camino más corto. En efecto, en el momento en que pasaba arrimada á lo largo del muelle Voltaire contemplando la barandilla, reconoció al artista y le siguió sin ser vista por él, acompañándole hasta la casa de la señora Hulot, donde le vió entrar como hombre acostumbrado á hacerlo con frecuencia.

Esta última prueba, que confirmaba las declaraciones de la señora Marneffe, puso á Isabel fuera de sí. La solterona llegó á casa del jefe de batallón en ese estado de irritación mental que hace cometer asesinatos, y encontró al padre Crevel esperando á sus hijos en el salón. Pero Celestino Crevel es una representación tan sencilla y tan verdadera del advenedizo parisiense, que es difícil entrar sin ceremonias en casa de este feliz sucesor de César Birotteau. Celestino Crevel es por sí solo todo un mundo, y, con más razón que Rivet merece los honores de la paleta, á causa de su importancia en este drama doméstico.

## CAPITULO XII

## De la vida y opiniones del señor Crevel

¿Habéis notado que en la infancia ó en los comienzos de la vida social nos creamos con nuestras propias manos un modelo, sin darnos cuenta de ello muchas veces? Del mismo modo el dependiente de una casa de banca sueña, al entrar en el salón de su amo, con poseer un salón semejante. Si hace fortuna, cosa que no ocurre hasta el cabo de algunos años, no empleará en su casa el lujo que esté de moda, sino el lujo de antes que tanto le fascinaba. No se conocen todas las tonterías que son debidas á esa envidia retrospectiva, del mismo modo que se ignoran todas las locuras debidas á esas rivalidades secretas que llevan á los hombres á imitar el tipo que se han formado y á consumir sus fuerzas para ser llamativos. Crevel fué teniente alcalde porque su amo lo había sido, y era jefe de batallón porque había envidiado las charreteras de César Birotteau. Asimismo impresionado por las maravillas realizadas por el arquitecto Grindot en el momento en que la fortuna sopló á su amo, Crevel, como él decía, no se había parado en barras cuando se trató de decorar su habitación, y se dirigió con los ojos cerrados y la boca abierta á Grindot, arquitecto que estaba entonces completamente olvidado. Aun no se sabe el tiempo que duran las glorias pasadas, sostenidas por admiraciones anteriores.

Grindot reprodujo allí por milésima vez su salón blanco y oro, tendido de damasco rojo. El mobiliario de palisandro, esculpido como se esculpen las obras corrientes, sin finura, había sido dentro de la fabricación parisiense un justo orgullo para la provincia, cuando la exposición de productos de la industria. Las lámparas, los brazos, el cenicero, la araña y el reloj pertenecían al género rocalla. La mesa redonda, inmóvil en medio del salón, ofrecía un mármol incrustado de todos los mármoles italianos antiguos venidos de Roma, donde se fabrican esas especies de mapas mineralógicos semejantes á muestrarios de sastres y que causaban periódicamente la admiración de todos los burgueses á quienes recibía Crevel. Los retratos de la difunta señora

Crevel, de Crevel, de su hija y de su yerno, debidos al pincel de Pedro Grassou, pintor de gran fama entre las gentes de la clase media, á quien Crevel debía lo ridículo de su actitud *biroñiana*, guarnecian las paredes formando pareja los cuatro. Los marcos, pagados á mil francos cada uno, estaban en perfecta armonía con todo aquel lujo de café que seguramente hubiese hecho encoger de hombros á un artista verdadero.

El oro jamás ha perdido ocasión de mostrarse estúpido. Se contarían hoy diez Venecias en París, si los comerciantes retirados hubiesen tenido ese instinto de las grandes cosas que distingue á los italianos. Aun en nuestros días, un negociante milanés lega cien mil francos al *Duomo* para el dorado de la virgen colosal que corona la cúpula. Canova ordena en su testamento á su hermano que construya una iglesia de cuatro millones y el hermano añade algo de lo suyo. Un burgués de París (y todos sienten, como Rivet, un gran amor por París), ¿pensaría nunca en hacer levantar los campanarios que faltan en las torres de Notre-Dame? Ahora bien, contad las sumas recogidas por el Estado en herencias sin herederos. Se habría acabado de embellecer á París con el importe de las tonterías de cartón piedra, de pastas doradas y de esculturas falsas consumidas en quince años por los individuos de la clase de Crevel.

Al extremo de aquel salón se hallaba un magnífico gabinete amueblado con mesas y armarios imitación de Boule.

El dormitorio, tendido con piel de Persia, daba también al salón. La caoba en toda su gloria infestaba el comedor, donde unas vistas de Suiza, provistas de ricos marcos, adornaban los testeros. El padre Crevel, que soñaba con hacer un viaje á Suiza, tenía interés en poseer aquel país pintado hasta el momento en que fuese á verlo en realidad.

Crevel, antiguo teniente alcalde, condecorado y guardia nacional, había reproducido fielmente, como se ve, todas las grandezas y hasta el mobiliario de su infortunado predecesor. Allí donde uno había caído cuando la Restauración, éste, completamente olvidado, se había levantado, no por un extraño azar de la fortuna, sino por la fuerza de las cosas. En las revoluciones, lo mismo que en las tempestades marítimas, los valores sólidos se van á pique y sólo quedan á flote las cosas ligeras. César Birotteau, realista que gozaba de favor y que era envidiado, pasó á ser el punto de mira

de la oposición burguesa, mientras que la triunfante burguesía se creía representada por Crevel.

Aquella habitación que costaba mil escudos de alquiler y que rebosaba todas esas cosas vulgares que procura el dinero, ocupaba el primer piso de un palacio antiguo situado entre patio y jardín. Todo estaba allí conservado como los coleópteros en casa de un entomólogo, pues Crevel paraba muy poco en casa.

Aquel local suntuoso constituía el domicilio legal del ambicioso burgués. Servido allí por una cocinera y por un ayuda de cámara, tomaba dos criados más y encargaba las comidas á casa de Chevet, cuando obsequiaba á los amigos políticos ó á gentes á quienes deseaba deslumbrar, ó cuando recibía á su familia. La permanencia ordinaria de Crevel, que estaba antes en la calle de Notre-Dame-de-Lorette, era entonces en casa de la señorita Eloísa Brisetout, en la nueva morada de esta mujer sita en la calle de Chauchat. Todas las mañanas el *antiguo negociante* (todos los plebeyos retirados se titulan *antiguos negociantes*), pasaba dos horas en la calle de los Laussayes resolviendo sus asuntos, y el resto del día se lo dedicaba á Zaida, lo cual le resultaba á ésta poco agradable. Orosario-Crevel tenía un trato fijo con Eloísa, la cual le debía quinientos francos mensuales de dicha sin reciprocidad, y á cambio de esto Crevel le pagaba la comida y todos los extraordinarios. Este contrato con primas, pues le hacía muchos regalos, le parecía económico al ex amante de la célebre cantante, el cual solía decir, respecto á este punto, á los negociantes viudos que amaban demasiado á sus hijas, que era preferible tener caballos alquilados por meses que cuadra propia. Sin embargo, si se recuerda la confianza hecha por el portero de la calle Chauchat al barón, ya se sabrá que Crevel no ahorrraba ni el cochero ni el *groom*.

Como se ve, Crevel había hecho de modo que su excesivo amor á su hija redundase en beneficio de sus placeres. La inmoralidad de su situación estaba justificada por razones de elevada moral. Además que el antiguo perfumista sacaba de aquella vida (vida necesaria, vida desarreglada, regencia, Pompadour, mariscal Richelieu, etc.), un barniz más que superior. Crevel aparecía como hombre de grandes vuelos, como gran señor, como hombre generoso, sin pequeñez de ideas, y todo ello por mil doscientos ó mil quinien-

tos francos al mes. No era todo esto efecto de una hipocresía política, sino efecto de vanidad burguesa que daba, sin embargo, el mismo resultado. En la Bolsa, Crevel pasaba por ser superior á su época y, sobre todo, por un campechano.

En esto Crevel creía haber dejado al buen Birotteau á cien codos por debajo de él.

—¡Cómo!—exclamó Crevel lleno de rabia al ver á la prima Bel,—¿es usted la que casa á la señorita Hulot con un joven conde á quien ha sostenido con su sudor durante mucho tiempo?

—¡Cualquiera diría que eso le contraría!—respondió Isabel, fijando en Crevel una mirada penetrante.—¿Pero qué interés tiene usted en impedir que mi prima se case? Porque usted hizo abortar, según dicen, su matrimonio con el hijo del señor Lebás.

—Usted es una muchacha buena y discreta—repuso el buen Crevel.—Ahora bien, ¿cree usted acaso que yo le perdonaré nunca al señor Hulot el crimen de haberme quitado á Josefa?... y, sobre todo, para convertir á una joven honrada, con quien yo hubiera acabado por casarme allá en mi vejez, en una perdida, en una saltimbanqui, en una corista de la Opera... ¡No! ¡no! ¡nunca!

—Y, sin embargo, el señor Hulot es un buen hombre—dijo la prima Bel.

—Sí, amable, muy amable, demasiado amable—repuso Crevel,—yo no le deseo ningún mal, pero quiero tomarme la revancha y me la tomaré. ¡Es mi idea fija!

—¿Y es ese deseo la causa de que no vaya usted ya á casa de la señora Hulot?

—Tal vez...

—¡Ah! ¿de modo que le hacía usted la corte á mi prima?—dijo Isabel sonriendo.—Lo sospechaba.

—Sí, y me ha tratado como á un perro, ó, peor aún, como á un lacayo. Pero saldré vencedor—añadió cerrando los puños y golpeándose la frente.

—¡Pobre hombre! sería espantoso que hallase á su mujer faltándole, después de verse abandonado por su querida.

—¡Josefa!—exclamó Crevel.—¿Lo ha dejado Josefa? ¡Bravo, Josefa! Josefa, tú me has vengado y te enviaré dos perlas para que adornes con ellas tus orejas. No sabía nada, porque, después que la vi á usted al día siguiente de aquél

en que Adelina me echó de su casa, me fui á casa de los Lebás, á Corbeil, y ahora vuelvo de allí. Eloísa ha hecho lo imposible para enviarme al campo, y ya he sabido la razón de su deseo: quería estrenar sin mí la calle de Chauchat con artistas, histriones y gentes de letras... ¡He sido burlado! pero le perdonaré, porque Eloísa me entretiene. Es una Dejaset inédita. ¡Qué tunantuela es esta muchacha! He aquí la carta que encontré ayer por la noche: «*Viejo mío, he levantado mi tienda en la calle Chauchat. He tomado la precaución de que mis amigos viniesen á secar las paredes de mi nueva casa. Venga usted cuando quiera, señor, Agar espera á su Abraham.*» Eloísa, que conoce al dedillo la vida bohemia, me dará más noticias.

—Pues mi primo ha recibido impasible ese desengaño—respondió la prima.

—No es posible—dijo Crevel deteniéndose en su paseo.

—El señor Hulot tiene ya sus años—advirtió maliciosamente Isabel.

—¡Oh! le conozco—repuso Crevel.—Los dos nos parecemos en este punto: Hulot no podrá pasar sin algún amorío. Es capaz de reconciliarse con su mujer, lo cual sería novedad para él, y entonces ¡adiós mi venganza! ¿Se sonríe usted, señorita Fischer?... ¡Ah! ¿sabe usted algo?

—Me río de sus cosas de usted—respondió Isabel.—Sí, mi prima está aún bastante guapa para inspirar pasiones; yo, si fuese hombre, la amaría.

—¡Quien tuvo, retuvo!—exclamó Crevel.—Usted se burla de mí. El barón habrá encontrado algún consuelo.

Isabel movió la cabeza, haciendo un gesto afirmativo.

—¡Ah! qué feliz es pudiendo reemplazar á Josefa de la mañana á la noche—dijo Crevel continuando.—Pero no me asombra, porque él me decía una noche cenando que, en su juventud, para no estar nunca desprovisto, tenía siempre tres queridas: la que estaba á punto de abandonar, la reinante y la que cortejaba para el porvenir. ¡Debía tener de reserva alguna modistilla! ¡Es muy Luis XV el mocito! ¡Oh! ¡qué feliz es, siendo guapo! Sin embargo, envejece mucho, se gasta... habrá ido á dar con alguna obrera...

—¡Oh! no—respondió Isabel.

—¡Ah! ¡cuánto daría yo porque no pudiese ponerse el sombrero! Me será imposible recobrar á Josefa, porque las mujeres de esa clase no vuelven nunca á su primer amor.

Por otra parte ya se dice que una reconciliación no es amor nunca. Prima Bel, yo daría, es decir, yo me gastaría cincuenta mil francos por quitarle la querida á ese guapo, probándole que un hombre como yo, con faja de jefe de batallón y cabeza de futuro alcalde de París no se deja quitar su dama sin tomarse la revancha.

—Mi situación me obliga á oírlo todo y á no saber nada—respondió Bel.—Puede usted hablar conmigo sin temor, pues yo no digo nunca lo que me confían. ¿Por qué quiere usted que yo falte á esta ley de mi conducta? Después nadie tendría ya confianza en mí.

—Ya lo sé—replicó Crevel.—Es usted la perla de las solteras... Pero ¡qué diablo! hay excepciones. Mire usted, nunca le ha procurado rentas su familia.

—Pero me queda el orgullo de no ser gravosa para nadie—dijo Bel.

—¡Ah! si usted quisiera ayudarme á vengarme—repuso el antiguo negociante—yo pondría á su nombre diez mil francos. Dígame, hermosa prima, dígame quien es la substituta de Josefa y tendrá usted con que pagar el alquiler, el desayuno y aquel buen café que le gusta tanto, substituyéndolo por moka ¿eh? ¡Oh! ¡qué bueno es el moka puro!

—Me interesa más seguir siendo discreta, que esos diez mil francos que me procurarían quinientos de renta—dijo Isabel;—porque, además, mi buen señor Crevel, el barón se portó muy bien conmigo y va á pagarme el alquiler.

—¡Sí! ¡ya verá usted cuánto tiempo se lo paga! ¡Confíe en él!—exclamó Crevel.—¿De dónde va á sacar dinero el barón?

—¡Ah! no lo sé. El caso es que él se gasta más de treinta mil francos en la habitación que destina para su nueva dama.

—¡Una dama! ¡Cómo! ¿es por ventura alguna mujer honrada? ¡Qué suerte tiene el muy bandido! Es el único para eso.

—Una mujer casada, muy distinguida—dijo la prima.

—¿De veras?—exclamó Crevel abriendo unos ojos movidos tanto por el deseo como por la frase *muy distinguida*.

—Sí—contestó Isabel;—lista, toca el piano, veintitrés años, cara cándida, cutis de deslumbradora blancura, dientes de perrita, ojos como estrellas, frente ancha y serena... y ¡unos piecitos! nunca los he visto iguales...

—¿Y las orejas?—preguntó Crevel vivamente interesado por estas palabras.

—Orejas que ni esculpidas.

—¿Y manos pequeñas?

—Bastará que le diga que es una verdadera alhaja, ¡tan delicada! ¡tan honrada! ¡tan pudorosa! un alma hermosa, un ángel que posee todas las distinciones, pues su padre es mariscal de Francia.

—¡Mariscal de Francia!—exclamó Crevel dando un salto.

—¡Dios mío! ¡Caramba, recaramba y requetecaramba! ¡El muy maldito! Dispéñeme, prima, me vuelvo loco... Yo creo que daría cien mil francos...

—Sí, ya está usted fresco; ya le digo que es una mujer honrada y virtuosa. Únicamente que el barón ha sabido componérselas.

—Pero, si no tiene un céntimo.

—Ha habido de por medio un marido ascendido.

—¿A dónde?—dijo Crevel con amarga risa.

—Al grado de subjefe; y ese marido, que sin duda será complaciente, obtendrá además una cruz.

—El gobierno debiera tener cuidado y respetar á los que ha condecorado, no prodigando así las cruces—dijo Crevel con aire picado.—Pero, ¿qué tiene ese maldito barón para tener tanta suerte? ¡Yo creo que valgo tanto como él!—añadió mirándose en un espejo.—Eloísa me ha dicho muchas veces, en el momento en que las mujeres no mienten, que yo era asombroso.

—¡Oh!—replicó la prima—á las mujeres les gustan los hombres gordos, porque casi todos son buenos, y, entre usted y el barón, yo le escogería á usted. El señor Hulot es ocurrente, guapo, airoso, pero usted es sólido y además... ¡parece usted aún más truhán que él!

—¡Parece mentira! ¡cómo les gusta á las mujeres este aire, hasta á las devotas!—exclamó Crevel tan contento, que cogió á Bel por la cintura.

—La dificultad no está en eso—dijo Bel continuando.—Ya comprenderá usted que una mujer que tiene tantas ventajas no va á ser infiel á su protector por una bagatela, y *la cosa* costaría más de cien mil francos, pues esa dama ve ya á su marido jefe de oficina antes de dos años... La miseria es la que empuja á ese ángel al abismo.

Crevel se paseaba de un lado á otro como un loco.

—¿Y él debe estar interesado por esa mujer?—preguntó después de un momento de silencio, durante el cual su deseo,

avivado así por Isabel se convirtió en una especie de rabia.

—¡Figúrese!—repuso Isabel.—Como que yo no creo que haya obtenido aún ni esto—dijo haciendo sonar la uña de su pulgar contra una de sus blancas paletas—y ya lleva gastados más de diez mil francos en regalos.

—¡Oh! ¡qué bueno, si yo llegase antes que él!—exclamó Crevel.

—¡Dios mío! ¡qué mal hago yo en decirle nada de esto!—repuso Isabel como si sintiese remordimientos.

—No. Quiero avergonzar á su familia de usted, y mañana mismo voy á poner á su nombre una renta de seiscientos francos; pero me lo dirá usted todo, ¿verdad? el nombre y la casa de su dulcinea. A usted ya puedo decirle que nunca he tenido una mujer distinguida, y la mayor ambición mía es poder conocer una. Las huries de Mahoma no son nada en comparación con lo que yo me figuro de las mujeres del mundo. En fin, ese es mi ideal, mi locura; tanto que, mire usted, la baronesa Hulot no tendrá nunca cincuenta años para mí—dijo Crevel sin saber que había tratado con una de las mujeres de espíritu más delicado del siglo pasado.—Atienda usted, mi buena Isabel; estoy decidido á sacrificar cien, doscientos... ¡Chitón! ¡que vienen mis hijos! ahora los veo atravesando el patio. Yo no diré nunca que he sabido nada por usted, le doy mi palabra de honor, pues no quiero que pierda usted la confianza del barón, sino que por el contrario deseo que sean muy amigos. ¿Y debe amar mucho á esa mujer mi compadre? ¿verdad?

—¡Oh! ¡está loco por ella!—dijo la prima.—No ha sabido encontrar cuarenta mil francos para casar á su hija, y los ha hallado para esta nueva pasión.

—¿Y le cree usted amado?—preguntó Crevel.

—¿A su edad?...—respondió la solterona.

—¡Oh! ¡qué estúpido soy!—exclamó Crevel.—Yo que le tolero un artista á Eloísa, enteramente lo mismo que Enrique IV le consentía á Gabriela que tuviese á Bellegarde! ¡Oh! ¡la vejez! ¡la vejez! Buenos días, Celestina; buenos días, cielo mío, ¿y tu orro? ¡Ah! ¡aquí está! á fe que empieza á parecerseme. Buenos días, Hulot, amigo mío, ¿como va?... Pronto tendremos un casamiento más en la familia.

Celestina y su marido hicieron una seña mostrando á Isabel, y la hija le respondió descaradamente á su padre:

—¿Cuál?

Crevel tomó una actitud maliciosa cual si diese á entender que su indiscreción iba á ser reparada y dijo:

—El de Hortensia, pero aun no está decidido. Vengo de casa de Lebás y se hablaba de la señorita Popinot para nuestro joven consejero de la audiencia real de París, á quien no le disgustaría ser nombrado primer presidente en provincias... Vamos á comer.

## CAPÍTULO XIII

### Última tentativa de Calibán sobre Ariel

A las siete, Isabel volvía ya á su casa en ómnibus, pues le tardaba volver á ver á Wenceslao, que la tenía engañada hacía veinte días y para el cual llevaba aún el saco lleno de frutas que le había dado el mismo Crevel, cuyo cariño hacia la prima Bel había aumentado mucho. La solterona subió á la buhardilla con una rapidez capaz de quitar la respiración á cualquiera, y encontró al artista ocupado en terminar los adornos de una caja que quería ofrecer á su querida Hortensia. El grabado de la tapa representaba hortensias, con las que jugaban unos amorcitos. El pobre amante, para sufragar los gastos de aquella caja que tenía que ser de malaquita, tuvo que hacer dos tederos que resultaron dos obras maestas y ceder la propiedad á Florent y Chanor.

—Amiguito mío, hace algunos días que trabaja usted demasiado—dijo Isabel enjugándole la frente llena de sudor y besándosele.—Semejante actividad me parece peligrosa en el mes de agosto. La verdad es que podría resentirse su salud. Mire, aquí tiene albérchigos y ciruelas de casa del señor Crevel. No se canse tanto; he pedido prestados dos mil francos, y á no ser que ocurriese una desgracia, podremos devolverlos si usted vende su reloj... Sin embargo, tengo dudas acerca de mi prestamista, pues acaba de enviarme este papel timbrado.

Y esto diciendo, colocó el auto de prisión debajo del boceto del general Montcornet.

—¿Para quién hace usted esas cosas tan bonitas?—le preguntó tomando las ramas de hortensias, de cera roja, que Wenceslao había dejado para coger las frutas.